

verme. Llevaba en la mano un canastillo, dentro del cual, un bicho ladraba. Lo abrí con inquietud, esperanzada y vacilante á un tiempo. Y el perrito saltó sobre mi cama, lamiéndome, bailoteando, revolcándose, loco de alegría.

Pues bien, Genoveva: tampoco entonces comprendí...

Pero, á la noche siguiente...

¡Oh la imaginación! ¡Cómo trabaja! ¡Y pensar que yo supuse!... ¡Qué simpleza!, ¿verdad?

No he confesado á nadie — comprenderás la razón — mis torturas de aquellos cuatro días. ¡Mira tú que si Enrique lo supiera!... Ya se burla bastante de mí por el escándalo que armé la primera noche.

Sin embargo, sus burlas no me desagradan.

Me voy acostumbrando.

Nos acostumbramos á todo en esta vida...



LA MODELO

ENCORVADO como una media luna, el pueblo de Etretat, con sus arenas blancas, sus blancas rocas y su mar azul, reposaba tranquilamente bajo el sol de un hermoso día de Julio. A uno y otro extremo de la media luna, los dos muelles, el menor á la derecha y el mayor á la izquierda, cortaban el agua tranquila; el primero, como un pequeño pie, y el segundo, como una pierna colosal.

En la playa, sobre la línea donde mueren las olas, una muchedumbre, sentada, se divertía contemplando á los bañistas, mientras en la terraza del Casino, formando grupos y en constante agitación, otra muchedumbre lucía sus galas, presentando al sol, como un jardín espléndido, las bordadas flores de las sombrillas rojas y azules.

En el paseo, al extremo de la terraza, otros veraneantes, los más reposados, los más tranquilos,

iban y venían lentamente á distancia de los grupos elegantes.

Un joven pintor, estimado, famoso, Juan Summer, avanzaba tristemente junto á un cochecillo de paralítico, donde iba una mujer, la suya. Un criado empujaba suavemente aquella especie de sillón con ruedas, y la señora impedida contemplaba con ojos lánguidos los esplendores del cielo, la orgía de luz y la satisfacción de todos.

Iban en silencio. Ni siquiera se miraban.

—Detengámonos un poco—dijo la señora.

Se detuvieron, y el artista sentóse en una silla de tijera que le presentó el criado.

Los que pasaban junto á la pareja inmóvil y silenciosa, los miraban con simpatía, interesados por una conmovedora leyenda, según la cual se había casado el pintor con la impedida, compadecido ante su desgracia y su ternura.

No lejos de allí dos jóvenes hablaban, sentados en un cabrestante, con la mirada fija en el horizonte lejano.

—Lo que dicen del matrimonio, es mentira. Conozco mucho á Juan Summer.

—¿Cómo se explica, pues, que se casara con una impedida?

—Se casó con una impedida... como se casan

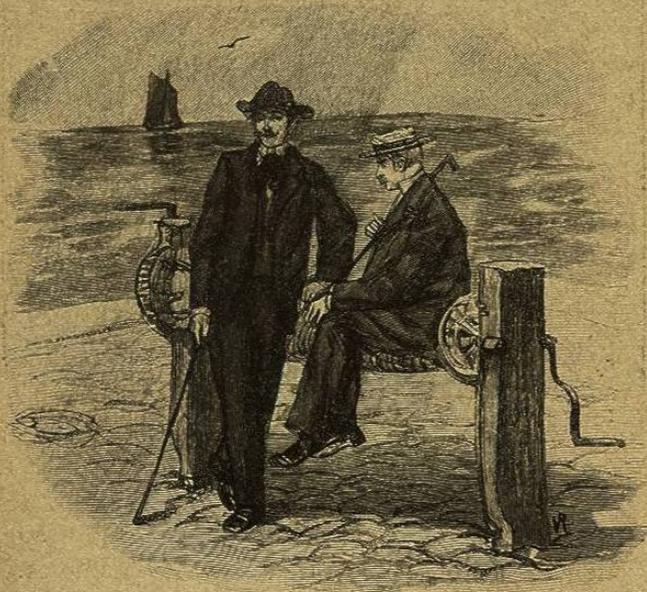


otros con mujeres demasiado... ágiles. Por estupidez.

—No me convences.

—No te convengo... Debieras haberte convencido ya de que sólo por estupidez se casan los hombres. Y tampoco ignoras que los pintores tienen la especialidad, el privilegio de hacer matrimonios ridículos, casándose la mayoría con sus modelos, con sus queridas, con mujeres descalificadas en todos conceptos. ¿Por qué? No se concibe. Lo sensato fuera

que tratando, como tratan, constantemente á una caterva de bribonas que se llaman las modelos, y conociéndolas como las conocen, les repugnasen. Pero sucede todo lo contrario. Después de copiarlas



en todas las posturas imaginables y de divertirse á su placer, se casan con ellas. Daudet nos lo dice, cruel, hermosa y sinceramente en su precioso libro *Mujeres de artistas*.

La pareja que tenemos delante uni6se por un accidente singular y terrible. No es un caso com6n: la mujercita represent6 una comedia muy á lo vivo, jugándose de una vez el todo por el todo; un final dramático. ¿Fué sincera? ¿Estaba realmente apasionada? ¿C6mo saberlo nunca? ¿Quién podría separar lo verdadero de lo engañoso en los actos de las mujeres? Fingen con sinceridad, haciendo su papel convencidas, emocionadas. Su voluble sentimentalismo las hace de pronto ardientes, criminales, agradecidas, encantadoras 6 innobles. Mienten sin cesar y sin querer, sin comprenderlo y sin sospecharlo; y á pesar de sus constantes mentiras, domina en sus actos la sinceridad, que se revela en sus resoluciones inesperadas, incomprensibles, irreflexivas, inverosímiles á veces, que de pronto contradicen los razonamientos l6gicos, nuestra costumbre razonadora y todos los cálculos de nuestro egoísmo. La brusquedad y la sorpresa de sus resoluciones las hacen aparecer á nuestro juicio como indescifrables enigmas. Y nos preguntamos á cada instante: ¿Son falsas 6 sinceras?

Amigo mío: sinceras y falsas á la vez, porque su naturaleza las exige que oscilen sin cesar entre dos opuestos caminos y no se decidan por éste ni por aquél. Son ambas cosas y ninguna.

Reflexiona los recursos que las más prudentes emplean para conseguir de nosotros lo que se proponen. Recursos tan complicados... como inocentes. Lo bastante complicados para que nunca los adivinemos, y tan inocentes que al sentirnos víctimas, no podemos contener nuestra sorpresa, pensando: ¿Es posible que me haya dejado engañar así?

Consiguen todo lo que se proponen. Sobre todo, cuando se proponen casarse.

Pero, limitémonos á la historia de Juan Summer.

La que hoy lleva su nombre fué una modelo, naturalmente, su modelo. Era hermosa; sobre todo, elegante y tenía una cintura divina. Enamoróse Juan, como nos enamoramos de cualquier mujer agradable á la que vemos con frecuencia, y supuso que la quería con toda su alma. Es una singular aberración. En cuanto nos gusta una mujer y la deseamos, ya suponemos que no es posible vivir sin ella. El más desmemoriado recuerda que le ocurrió lo mismo varias veces y que á la satisfacción de un deseo ha seguido el desencanto en todas las ocasiones; que para unir dos existencias no es bastante complacer al brutal apetito de la carne, pronto saciado, sino que precisa un acuerdo absoluto de las almas, del temperamento, del humor.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIV. AUTÓNOMA
"ALFONSO" 133
Addo. 1625 MONTERREY, MEXICO

GUY DE MAUPASSANT

Es necesario saber distinguir si el apasionamiento que sentimos lo inspiran los atractivos corporales, un deseo voluptuoso que nos embriaga, ó el encanto profundo y suave del espíritu.

Lo cierto es que Juan Summer, imaginó que la quería con toda su alma, haciéndola mil juramentos de fidelidad y vivió completamente consagrado á ella.

Era una mujer fascinadora, con el desparpajo elegante que tan fácilmente muestran las criaturas de París. Bromeaba, charlaba, canturreaba, diciendo tonterías brillantes como rasgos de ingenio por la gracia que las envuelve al ser lanzadas. Tenía siempre actitudes y gestos oportunos para seducir al artista. Levantando los brazos, inclinándose, tendiendo la mano, subiendo al coche, se movía con desenvoltura y garbo.

En un trimestre, Juan Summer no reparó que su adorable modelo era... como todas las modelos.

Para veranear tomaron una casita en Andressy, donde cierta noche sobresaltaron el espíritu del pintor las primeras inquietudes.

Hacia un tiempo delicioso, una luna espléndida y decidimos dar un paseo por la orilla del río. La bóveda celeste reflejaba su esplendor en el agua temblorosa, quebrando sus reflejos amarillos en los

remansos quietos, en el cauce rumoroso, en toda la extensión líquida que se deslizaba lentamente.

Avanzábamos, poseídos por la vaga exaltación que nos producen esas noches fascinadoras. Hubiéramos querido realizar sobrehumanas empresas, descubrir amores de seres desconocidos y extraordinariamente poéticos. Sintiendo amagos de aspiraciones, ansias y éxtasis incomprensibles, callábamos, envueltos por la serena y penetrante frescura de la noche ideal, por la placidez luminosa que penetra en el corazón, infiltrándose á través de la carne, que baña el espíritu perfumándolo y sumergiéndolo en un goce infinito.

De pronto, Josefina (se llama Josefina) prorrumpió bulliciosamente.

—¡Ah! ¡Mira un pez que salta! ¿Lo has visto?

Juan respondió sin mirar hacia donde la mujer señalaba.

—Sí, nena mía.

Ella se disgustó, increpándole:

—No mientas; no lo has visto; mirabas á otro lado y no volviste siquiera los ojos á donde yo te indiqué.

Juan sonrió.

—Es tan delicioso este ambiente que nos rodea

de una vagedad soñadora.... Ni miro nada, ni pienso nada, ni sé nada...

Josefina se contuvo, pero al poco rato, lanzada por el prurito de hablar, preguntó:

—¿Irás á París mañana?

El dijo:

—No lo sé.

Josefina se puso nerviosa, exaltándose:

—¡Qué divertido! ¡Pasear toda la noche, sin decir una palabra! ¡Como unos tontos!

Juan seguía callado, y entonces, ella, con el perverso instinto de la mujer exasperada y que se ha propuesto exasperar á los otros, voceó la estúpida copla, con la cual nos habían ensordecido ya durante dos años, y que principia:

«Mirando las musarañas...»

Juan insinuó:

—Te ruego que te calles.

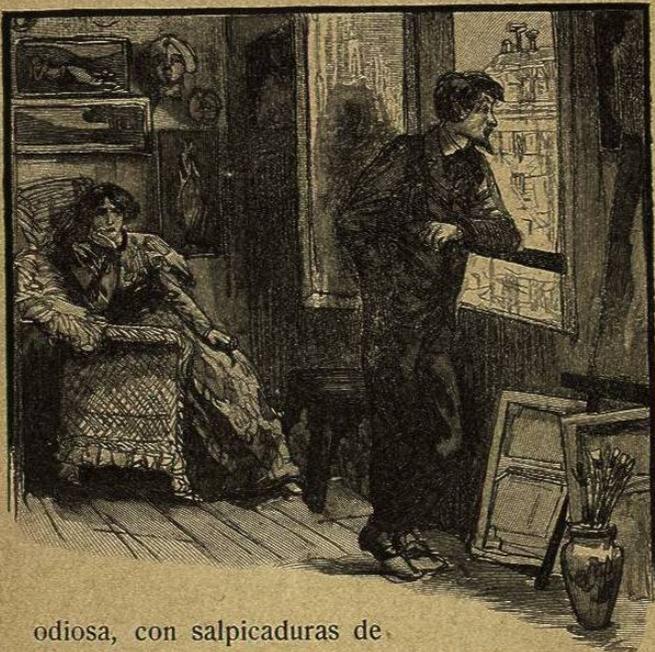
Ella dijo furiosa y descompuesta:

—¡Que me calle! ¿Por qué? ¿Hay algún moribundo?

Juan repuso:

—No turbes el goce que nos ofrece la quietud luminosa del paisaje.

Replicó la mujer, vomitando una sarta imbécil,



odiosa, con salpicaduras de reproches inauditos, con recriminaciones intempestivas y lágrimas al final. De todo hubo.

Se retiraron. Juan la dejó desfogarse, sin contradecirla, sin atenderla, sumergido en la contemplación de la Naturaleza.

Y á los tres meses luchaba por sacudir aquellas ligaduras invencibles é invisibles. Ella le retenía, le oprimía, le martirizaba. Hubo altercados vio-

lentos, injurias recíprocas y hasta golpes brutales.

Al cabo, él se propuso terminar aquello, separarse á toda costa, romper las cadenas; vendiendo todas las obras que pudo terminar (no era muy famoso aún), y entrampándose con los amigos, reunió veinte mil francos; los puso una mañana sobre la chimenea con una carta, despidiéndose, y se fué á refugiar en mi casa.

Por la tarde llamaron á la puerta. Yo mismo abrí. Una mujer, empujándome, arañándome, atropellándome, se precipitó en mi estudio. Era Josefina.

Juan, al verla, se levantó.

Arrojando á los pies de su amante los veinte mil francos, le dijo con acento grave y en actitud gallarda:

—Toma tu dinero. No lo necesito.

La vi pálida, temblorosa, resuelta seguramente á cualquier locura. Él palideció también, exasperado y colérico, decidido acaso á todas las violencias, interrogándola:

—¿Qué pretendes?

Ella respondió:

—Pretendo que no me trates como á una mujerzuela. Me suplicaste. Cedí á tus promesas. Soy tuya, sólo tuya. No he pedido nunca nada. ¿Por qué me abandonas?

Juan dió una patada furiosa en el suelo irguiéndose:

—Abusas de mi prudencia; y si te propones...

Le contuve, diciéndole:

—Calla, y déjame resolver la situación.

Me acerqué á Josefina lentamente, con suavidad; hice todas las reflexiones oportunas. Me oyó inmóvil, con los ojos fijos, indiferente y obstinada.

Por fin, agotando los razonamientos, apelé á un recurso de comedia:

—Te quiere, te adora como antes, ¡criatura! Pero su familia se ha empeñado en casarle... Ya comprenderás...

—¡Comprendo!—exclamó indignada; y acercándose á Juan, dijo:

—¿Vas á casarte?

—Sí—respondió él con soberbia.

Josefina se adelantó, provocadora, y diciendo:

—Si te casas... ¡me mato!... ¡Ya lo sabes!

Juan encogióse de hombros, para responder:

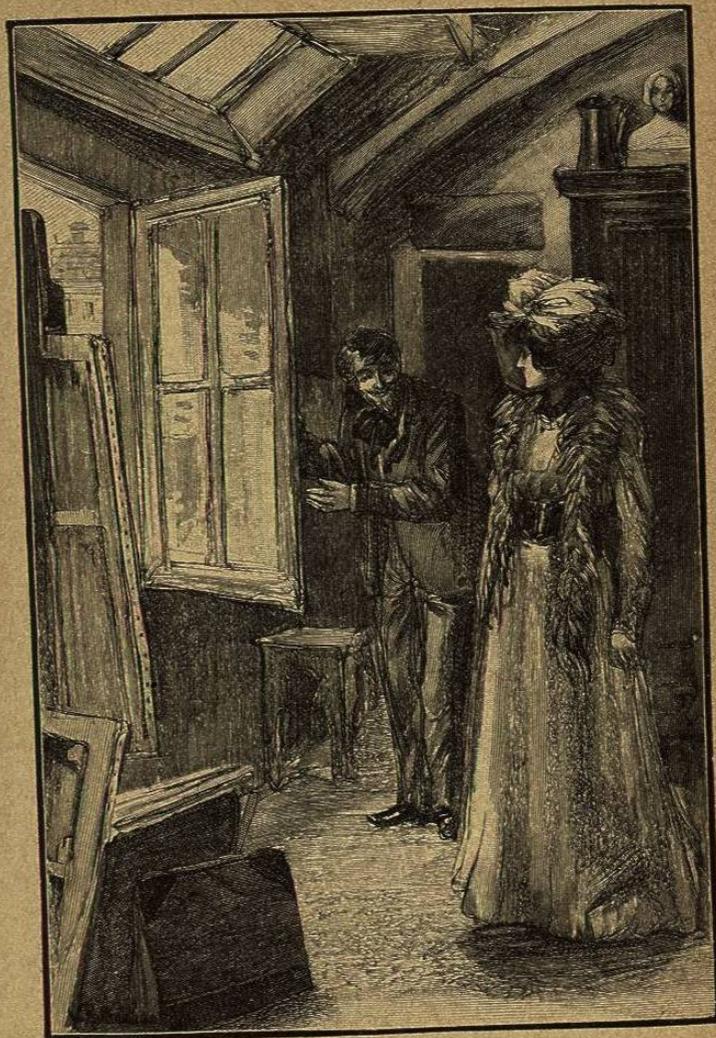
—Puedes hacerlo cuando gustes.

Con angustia, con espanto, ella balbuceó:

—¿Qué dices?... ¿Qué dices?... ¡Repítelo!

—Que puedes hacerlo cuando gustes.

Josefina repuso, pálida y descompuesta:



—Si me provocas, ahora mismo, aquí, me arrojaré por la ventana.

Riendo, Juan, adelantóse, abrió la ventana, y saludó, como una persona que hace finuras para ceder el paso á otra, y diciendo:

—Adelante.

Josefina le miró un segundo con los ojos encendidos, terribles, desesperados. Luego, tomando carrera, como para saltar una valla en el campo, cruzó ante mí, junto á él, y pricipitándose rápidamente sobre la balaustrada, cayó...

Nunca podré olvidar el efecto que me produjo aquella ventana, cuando hubo desaparecido tras ella el cuerpo de Josefina. Me pareció verla rasgarse, abrirse anchurosa como el espacio vacío. Y retrocedí, como si temiese que me tragara su boca siniestra.

Juan, horrorizado, quedóse inmóvil.

Unos hombres la subieron, con las dos piernas rotas, imposibilitada para siempre.

Su amante, acosado por el remordimiento y tal vez agradecido á la terrible prueba de amor, la hizo su esposa.

Esta es la verdad.

*
* *

Caía la tarde. Sintiendo frío, ella quiso volver á casa; el criado empujó de nuevo el cochecillo y el pintor andaba junto á su mujer, sin que hubieran cruzado ni una palabra en una hora.

